

La tierra de los muros

-y otras cartas desde Palestina-



Víctor de Currea-Lugo

Víctor de Currea-Lugo

La tierra de los muros
-y otras cartas desde Palestina-

Fotografías: Raúl Gallego Abellán

“Escribe
en el comienzo de la primera página
que no aborrezco a nadie,
ni a nadie robo nada.
Mas, que si tengo hambre,
devoraré la carne de quien a mí me robe.
¡Cuidado, pues!...
¡Cuidado con mi hambre,
y con mi ira!”

M. Darwish

Índice

1. El llanto del Imán. Carta a Don Francisco.
2. La tierra de los muros. Carta a Eduardo.
3. Sobre los palestinos y otros humanos. Carta a Zaira.
4. El juego del checkpoint. Carta a Joaquín
5. Ciudades palestinas: Carta a Ernestina
6. La suicida, la mártir. Carta a Paco.
7. La demolición. Carta a Luis Alberto
8. El terrorismo. Carta a Nelson
9. Sobre dioses y Estados. Carta a Javier
10. ¿Qué sería de ti sin enemigos? Carta a un judío sionista



Comentario de introducción

Palestina es una isla definida de otra manera: una porción de tierra rodeada de soldados israelíes por todas partes, definición que serviría también para una cárcel, como de hecho ya lo es Gaza y dentro de poco lo será Cisjordania, debido al Muro que construye Israel.

Palestina es una cárcel con casas a medio construir y casas a medio destruir. Puede parecer demasiada normal para tanta noticia. Demasiado pequeña para que le quepa tanta historia. Demasiado en la piel para decir verdades absolutas. Demasiados sitios bíblicos para tantos infiernos. Creo que lo central no es lo que dice la Biblia –que dice lo suyo- sino lo que dicen que dice la Biblia.

Y ante la ausencia de mar para arrojar botellas de náufrago, quedan las cartas con el autor, como compañía. Estas cartas fueron escritas en algunas de las calles palestinas, demasiado deprisa para encontrar reposo en su lectura. Les llegaron en poco tiempo a cada uno de sus destinatarios. Algunos todavía no responden ¿qué decir? Como en “La casa tomada” de Cortázar, solo hay impresiones y sombras y sospechas de que algo pasa, pero no precisiones absolutas. Eso son estas cartas, un resumen de sospechas con algo de orden y mucho de angustia.

Son además una forma de querer cambiar cosas, como una pequeña batalla, una de esas pequeñas batallas por las grandes causas que las personas abrazamos ya sea por un día o por la eternidad y que nos dejan ver que no está mal “sentir bajo las piernas el costillar de Rocinante” aunque no seamos ni Sancho ni quijotes.

Después de haber vivido muy de cerca la guerra en Colombia, llegar a Palestina es comprobar de nuevo que la estupidez humana no tiene límites. Me pregunto, ¿Que nivel de indignación es soportable para permanecer sin hacer nada?

Mi madre decía “cementerio de polacos” para referirse en mi lejana Colombia al cementerio judío y nunca terminé de entender si la muerte era un asunto de nacionalidades y asimismo si había cementerio de polacos habría de franceses y de belgas.

Luego oí mucho de Oslo y sólo después entendí la frase de que en Oslo, el ocupado y el ocupante bebieron de la misma copa, pero no eran iguales. No eran partes iguales aunque las palabras lo digan, porque las palabras también disfrazan y hasta traicionan la causa palestina. El Dorado, por ejemplo, es una cafetería en Jerusalén, un aeropuerto en Bogotá y una marca de hojuelas de maíz en Suecia.

Del otro lado del control militar están claramente los israelíes y no otros, con más o menos responsabilidad pero, en todo caso, responsables. Y ellos, los israelíes, quieren el oro y el moro, el oro para ellos y el moro preferiblemente detenido. Y además no quieren entrometidos ni mirones ni fisgones, ni comentarios en su contra, por eso abundan los controles. La ventaja mía de no querer tener país es no tener presidente, pero para mí siempre habrá policías y guardianes.

La última vez que salí de Tel Aviv, el control policial que me hicieron fue de más de cuatro horas, incluyendo desnudez. En los aeropuertos como en las cosas del amor, la experiencia no sirve para nada. Me examinaron la maleta como a muchos otros con sus guantes y sus algodones como bacteriólogos cogiendo mierda y con sus detectores de metal tan paranoicos como ellos; me quitaron los libros; me insultaron en nombre de las “security reasons”, repitiendo el mismo ritual que viví en el control de los checkpoints, los buses palestinos, las avenidas israelíes y hasta las calles de Jerusalén cuando caminaba desprevenido alguna tarde, cuando yo me preguntaba ¿cuál es el nivel de humillación que soporta una persona?

Al menos trato de enviar cartas a los amigos, para ahorrarles el viaje a tierras santas y contarles que aquí hay *humus* en la mesa para todos y checkpoints en las vías, cantos árabes y casas demolidas. Cartas para repetirle a los amigos lo que decía un palestino: “la cooperación internacional no consiste en donar cheques sino en hacer política”. No hay

museos sobre la tragedia palestina, debe ser porque no son tan influyentes como lo son otros para mostrar al mundo su dolor, por eso también estas cartas.

Para contar que aquí hay algo mas que ataques suicidas, esos que parecieran ser la única realidad de esta región, que hay muchas más cosas y peores, cotidianas, silenciosas, insoportablemente bien planeadas, asquerosamente diseñadas para recordar a cada paso de quién es el poder. En medio de esas cosas cotidianas, hubo este espacio para la escritura.

El autor
Jerusalén, Palestina, 2005



1. El llanto del Imán. Carta a Don Francisco.

Hoy por fin entendí el canto que acompaña el rezo del Imán. Llevo semanas oyéndolo cinco veces al día. Todas las mañanas me despierta con su rumor a las cuatro. A esa misma hora, Jerusalén de casas blancas finge dormir, la ventana me muestra un silencio de domingo, un árbol de frutas y un letrero en un idioma que desconozco. Un idioma que tiene una extraña palabra: *sumud*, que quiere decir “aquí me quedo”.

Luego oigo el cantar que llama a la mezquita mientras descubro las primeras calles de Jerusalén y los primeros caminos palestinos. Aquí parece no hay personas, esa palabra con la que usted jugaba en clase no la veo. Aquí, en la mañana, va a mi lado un judío ortodoxo que cuelga a su espalda un fusil automático, allí va la mujer musulmana cubriendo su cabeza del polvo de las calles, allá un niño árabe hace nudos al aire. Pero no veo personas. ¿Será posible hablar aquí de personas simplemente? Digo, sin apellidos de credos y de razas, de creencias y de pasaportes.

¿Sabe? Mi viaje a Palestina comenzó en las palabras, en la infancia. Yo crecí en Palestina y no es una metáfora. El nombre del barrio pobre sin luz ni agua potable al sur de Bogotá, dónde aprendí a montar en bicicleta y a besar en las tardes, se llama Palestina. El segundo viaje fue en los libros. Y tercero es este, el de verdad. Cada uno tiene su Palestina y su tierra prometida, pero hasta las de verdad tienen matices dentro.

Aquí el Imán reza, al otro lado, en el lado israelí, la belleza es cosa religiosa. Es decir, la gente es religiosamente hermosa o religiosamente fea. Aquí, de ambos lados, la religión no es tan solo una fe, como yo pensaba en el caso de mi madre, no, aquí, como también lo debe ser en el caso de mi madre, la religión es una forma de ver la vida. Y tienen entre ellos coincidencias, la principal es que ninguno vive a gusto. Unos viven con miedo y otros con odio, y a veces se intercambian los sentimientos, como en un juego de cartas marcadas.

Ya pasa la hora de comer. Mezclan las salsas y la Coca Cola. La prensa anuncia un atentado. Yo llego a la frontera, ficticia como todas, entre la Palestina e Israel. Allí hay un checkpoint. Un soldado me mira y piensa que soy palestino. Semanas después lo he asumido: los árabes me saludan en su lengua y los soldados me muestran los dientes. Me pide el pasaporte y repasa mi cara. A los lejos, se oye el canto que acompaña el canto del Imán. Un checkpoint es algo más que un control militar, es una disuasión, una certeza de que allí no pasas, un silencio de otro modo. Tal vez eso dice el Imán.

Paso el control y entro en un mundo diferente. Allí hay sonrisas y abrazos, y también casas destruidas con excavadoras. Allí sé de un niño de cuatro años que, cuando oye el inconfundible ruido de un jeep militar, corre al rincón más profundo de su casa, pone su cara entre sus manos y llora. Lloro como la ha hecho muchas veces. Sólo tiene cuatro años. Su padre no le puede explicar por qué pasa lo que pasa. Tiene sólo cuatro años, pero puede ver y puede oír. Tal vez de eso diga algo el rezo del Imán.

Los dioses aquí son terrenales, demasiado terrenales. ¿Recuerda cuando me decía: “Roma veduta, fede perduta”? creo que aquí es peor. Desde una café del centro de Jerusalén, veo el sitio de donde Mahoma, el profeta de Alá (que es como llaman ellos al mismo que mi abuela llama Dios) subió a los cielos, veo los restos del templo de Salomón: el muro de las lamentaciones, veo el Monte de los Olivos donde Judas murió. Todo en pocos metros. ¿Por qué los dioses tuvieron que venir al mismo sitio? Con tanto mundo libre...

Del lado del muro hay una palabra que lo dice todo: “seguridad”. Es como el nombre sagrado de un dios que justifica la guerra y la injusticia, el dios seguridad es más terrible que el Jehová del Apocalipsis, más infiel que Júpiter, más devorador que Cronos. Se transforma en odio, en venganza y paranoia. Del otro lado, la promesa del cielo construye desesperos. “Alá es grande” dicen algunos suicidas segundos antes de apretar el botón.

En mi país hay 44 millones de locuras individuales, una por persona. Aquí hay unas pocas, son locuras colectivas, pero no sé cuál es peor. Los musulmanes nunca están solos, bueno, los comunistas tampoco. Quiero decir, tal vez está solo El comunista, El musulmán, pero el

miembro de un grupo por definición no está solo. La soledad es cosa de individuos. Y yo soy muy individuo.

Ya llega la tarde y en la tienda de fotos una madre recibe la copia de la foto de su hijo: 24 años y una sonrisa de futuro. En la foto él sonríe mientras mira a su hermana pequeña que está al lado del fotógrafo, pero ahora su mirada no está con su hermana sino tras las rejas, como cientos de palestinos. Esta allí, sin abogado, sin cargos y sin pena. Esta allí y el derecho no sirve. Creo que Aristóteles tenía razón, las leyes tienen que ver con la injusticia y no con la justicia. Si hubiera justicia, ¿para qué leyes? ¿Para qué abogados? ¿Para qué cursos de derechos humanos como el que hice con usted?

Llega la noche y dos soldados me abordan en la calle, miran mi mochila y mis cosas, husmean mis ojos. Es increíble, yo que crecí en otra Palestina, ¿cómo puedo aprender a sentir algo de odio de manera tan fácil? Pero del otro lado, es fácil también enamorarse de causas ajenas. Esos amores son como las amistades y los amores del verano, nacen y crecen porque estamos en el mismo barco, pero son falsas, porque una vez llegamos a puerto o al otoño, huimos.

Farid me dice que su madre ha muerto de una enfermedad del corazón. Hoy, semanas después de estar en estas tierras, visito su casa para decir eso que nunca se dice en los velorios. Están sus tres hermanos y algunos vecinos, unos pocos amigos y tasas de té y de café esperando ser bebidas. Se oye el canto y pienso en todo lo que he vivido para llegar hasta aquí, el último desamor que cicatriza lentamente, el abrazo del amigo y la mentira de la esquina, todo para llegar aquí.

Todos los rituales ajenos, incluidos los sobre la muerte, nos resultan por lo menos curiosos. Nuestros rituales, los propios, nunca nos parecen extraños. Lo propio por definición no es raro. Había pensado muchas cosas extrañas del canto que nace de las mezquitas, de su poca musicalidad, de su tono despiadado, de su lamento eterno. Incluso, había pensado que podía ser motivo de algún chiste pequeño. Pero hoy, sintiendo a otro como yo, llorando en silencio por su madre, de pronto, como en una revelación de esas que se mienten los santos, esa música me transportó a lo que fue mi pasado hasta llegar aquí. Tal vez por el momento aquí me quedo porque tan solo por hoy, como ellos, no tengo a dónde ir. Y bueno, porque además hoy por fin entendí el llanto del Imán.



2. La tierra de los muros. Carta a Eduardo.

“Si poseemos la Biblia, si nos consideramos como el pueblo de la Biblia, deberíamos poseer también las tierras bíblicas, la de los Jueces y los Patriarcas, Jerusalén, Hebrón, Jericó y más lugares”
Moshé Dayan

Discutir contigo es discutir sobre viajes y murallas. Tú sigues atrapado sin viajes en tu ciudad y yo vivo en la tierra de las murallas, o de los muros si te resulta más coloquial. Esta no es una tierra santa, no más santa o pagana que las otras, es como todas aquellas en que ha habido un muerto o un amor, pero sin duda es una tierra de muros.

Jerusalén, como todas las ciudades antiguas se precian de sus murallas, se parece en eso a los guerreros que exhiben sus cicatrices con orgullo. Y muchas veces eso son las murallas: cicatrices del pasado, pero las ciudades como los antiguos heridos repiten una y otra vez sus eternas batallas. Con el tiempo muchas de esas ciudades se han convertido en miradores turísticos, como si los guerreros del pasado, sin saberlo, no defendieran la ciudad de los enemigos sino que buscaran preservar sitios para el turismo del futuro.

Aquí no es menos, pero si es más. La primera noche fue inevitable ver Jerusalén desde el Monte de los Olivos y ver su muralla ordenando el paisaje, porque eso hacen entre otras cosas las murallas: ordenar, de organizar y también de dar órdenes. Allí estaban desde la eternidad, esperando ser miradas, la puerta de Damasco y la de Jaffa.

Luego estuve en un muro demasiado famoso para tan pocas piedras: el muro de las lamentaciones. Pero esa es su magia, representa lo que ya no es, pues es el último vestigio del Templo de Salomón, es un muro que es lo que no es y esa es precisamente su magia. Allí los judíos asisten cada *sabbath* a rezar por sus cosas, como tu madre algún domingo y la mía alguna tarde, como todos los que tienen un dios que los perdone.

Hace poco visité un tercer muro. Ese es más difícil de explicar porque no viene del pasado, sino va para el futuro. No tiene siglos sino días, no fue hecho para proteger sino para encerrar. A lo largo de Cisjordania, ese pedazo de tierra que le dejaron a los palestinos, serpentea un muro, un muro inmenso, no es un muro de aquellos que saltábamos en la escuela cuando niños, no el muro del patio del vecino, no el muro de la cancha de fútbol. Este es un muro-muro.

Primero, antes del muro, como si fuera su prehistoria, hubo otras formas de encerrar cuyo mensaje era el mismo: cierres, checkpoints (controles militares), alambradas. Israel es el país con más cercas y letreros de prohibición que he visto en mi vida. Ahora es un muro-muro. El tiempo que yo gasté para aprender a caminar, 14 meses, fue el necesario para construir los primeros 128 kilómetros del muro, 2 millones de dólares costaron cada uno, y ya van en más de 200 kilómetros de un total de 730.

Los muros no existen solo en sus piedras sino que se van metiendo en las cabezas. Cuando estuve en Berlín, el muro de allí sobrevive todavía, por lo menos eso sentí yo, el muro estaba en las palabras de las personas cuando decían Este y Oeste, en el tipo de ropas, en las construcciones y hasta en la forma de mirar.

Este muro-muro en Palestina a su paso separa pueblos, corta acueductos, destruye cosechas, derrumba escuelas y casas, divide familias, aleja vecinos y amigos de sus amigos palestinos, es como un dios infame, es como el dios del apartheid que en su primera expedición ha arrancado más de cien mil olivos.

No hay fronteras bonitas (dímelo a mí que soy de profesión inmigrante) máxime si es un muro, como no puede haber una cárcel bonita aún pintada y perfumada. Desde los checkpoints a comienzos de la década pasada, el tiempo en Palestina no se mide en kilómetros sino en controles militares. El tiempo y la espera tienen un tercer elemento tridimensional más allá del plano mapa de las agujas del reloj: la angustia.

Cuando conocía el muro-muro, un trabajador local me lo explicaba y no pudo evitar contarme su propia historia. Tenía dos niñas, gemelas de dos semanas de nacidas y ambas enfermaron. Al llegar al checkpoint los soldados de turno no las dejaron cruzar hasta el hospital a pocos metros. Ellos esperaron y esperaron, es difícil saber lo que es esperar en estos casos y al final, entre la impotencia de su padre, el llanto de su madre, la latas de la ambulancia estacionada, ambas niñas murieron esperando. Su padre, ahora me indica con su mano el muro que reemplaza los checkpoints.

A cada avance del muro, este le mete un mordisco robando la tierra más fértil a los palestinos para anexarla al gran Israel. Algunas veces deja dentro del muro a las casas y por fuera a la tierra; según la nueva ley la tierra entre el muro y la llamada Línea Verde (la frontera que dejó la guerra) pasa a ser israelí. Al final del muro-muro la mitad de Cisjordania será israelí: las fértiles tierras del valle del río Jordán, los acuíferos de la zona de Tulkarem y Jenín, los alrededores de Jerusalén. Los ahora ex dueños palestinos necesitan permiso para cruzar el muro y trabajar sus propias tierras.

Desde la guerra de 1967, con el control del Río Jordán, los han intentado secar. Hasta ahora 36 pozos y más de 200 cisternas están aisladas de sus comunidades y han perdido 35 kilómetros de acueductos cortados por las excavadoras que hacen el muro. En Palestina, un colono judío consume 17 veces más agua que un palestino pero paga la mitad. Cisjordania será solo cuatro cantones con poquísima agua de donde podrán salir los palestinos a trabajar en los campos judíos o en las fábricas judías. Y la comunidad internacional celebrará con vino la paz, por fin, del Medio Oriente.

En Qalqiliya, ciudad rodeada por el muro-muro, el control militar de entrada y salida abre a las siete de la mañana y cierra a las siete de la noche, y vieras lo triste que es oír a los hombres pedir a sus esposas que no tengan los niños en la noche; en los controles a lo largo del muro son comunes los maltratos físicos y verbales, las humillaciones y los abusos físicos; los médicos no pueden llegar hasta la gente: En Azzun Atma fueron restringidas aún más las visitas médicas a la comunidad, pasando de 2 días por semana a un total de 4 horas semanales; en Tulkarem, 650 profesores tienen dificultades para llegar a sus sitios de trabajo.

Cuando hagas el próximo pesebre (o Belén o Nacimiento, o como lo quieras llamar) pon un muro alrededor de la ciudad, como existe ahora. Incluye también un checkpoint, una alambrada y un asentamiento, no será muy católico pero será muy realista.

¿Y qué hacemos los llamados humanitarios? Estamos, como diría Cavafy esperando a los bárbaros arropados en la bandera de la neutralidad. Pero tú sabes bien que entre la víctima y el victimario no hay neutralidad posible, que eso es complicidad. En la segunda guerra mundial, los delegados de la cruz roja visitaron los campos nazis. ¿Hubiera sido suficiente pedir buena comida y un trato digno para los judíos presos? ¿Será suficiente explicarle a mi sobrino que mientras el muro crecía, yo ayudé tan solo a repartir ovejas para que los cada vez menos palestinos que se quedan en su tierra sobrevivieran entre esas paredes?



3. Sobre los palestinos y otros humanos. Carta a Zaira.

"Escribe que soy árabe,
que tengo el pelo negro y los ojos castaños;
que, para más detalles, me cubro la cabeza con un velo"
M. Darwish

Esta carta es un juego y tienes que ayudarme. Tu deber es sencillo: leer mis palabras pensando que nunca has estado en Palestina. ¿Aceptas este juego? Y ahora, con mis pocas semanas por aquí, te voy a contar cómo son los palestinos. Pero además debes olvidar que entre tu casa y la mía hay dos checkpoints, que tú como yo tenemos caras árabes, que tu piel te delata, que vives en Ramallah, que sabes lo que significa *marhaba* y *mabruk*, y que me conociste en Palestina.

Los palestinos son ante todo palestinos, es decir, son muy ellos. Como los españoles son muy españoles. Visten sencillo, como los cubanos, porque en sus preocupaciones hay poco espacio para la opulencia. Pero cuando quieren celebrar se visten bonito y bailan al ritmo de su música. En eso de bailar los chicos poco lucen, en eso se parecen a los suecos, pero ellas bailan con la sensualidad de la sugerencia, no muestran tanto como las brasileñas pero parecen no necesitarlo.

Crean en los rituales y en eso se parecen a los andaluces o más bien los andaluces se parecen a los palestinos. En el fondo, a todos nos gustan los rituales. Lloran sus muertos y los despiden con silencios, aceptando el silencio cuando las palabras estorban en los labios.

Algunos se fueron de su tierra, como lo han hecho algunos colombianos, como tu padre Bassan a sus trece años, como yo un día de noviembre. Y algunos hicieron hogar y casa en otra parte, como los irlandeses y los italianos. Algunos no se fueron y el rostro de la guerra les marcó la cara, como a las gentes de esa otra patria pequeñita llamada El Salvador.

No olvides que debes seguir el juego de que no conoces Palestina. Yo conozco a Ayman que ahora se llama Abu Omar, porque aquí los hijos deciden el nombre de los padres, Ayman tuvo un hijo que se llama Omar y Abu significa "padre de". Yo me encontré con Jamal, ese que para hacerme sentir amigo por un rato me dio dos besos como hacían mis hermanos en Colombia.

Yo conozco a Farid, ese que ha apostado todo por amor y a veces ha perdido. ¿Necesito conocerlos a todos para poder hablar de ellos? No lo creo. Les veo caminar con desgano alguna tarde, saludar deprisa una mañana, gritar a un amigo que se aleja, mirar de reojo a una muchacha como tú.

¿Ves? Ya sabes como son los palestinos, ya tienes la respuesta. Son humanos que esperan un lugar en el cielo y buscan un lugar en la tierra. Se enamoran y se dicen cosas tiernas, tiene hijos y van a la mezquita que es como nosotros llamamos a su iglesia, bueno, no de todos, no son iguales entre ellos como tampoco lo son los alemanes.

Lloran de amor y viven de consuelos, como los de Bolivia, duermen por las noches como los noruegos. Son personas que buscan un pedazo de tierra para recostar su silueta. Insisto en que son personas, porque tristemente en eso no hay consenso, que buscan un sitio para bailar como los africanos, enseñar la lengua a los hijos como los vietnamitas o poner una bandera como los de filipinas.

Buscan un sitio porque ya tienen la gente. Tienen una mujer que sueña un amor y un hombre que llora un desamor, tienen un anciano rencoroso y un niño juguetón, una señora alegre como las frutas y un chico oscuro con su ritmo en los brazos, un joven que pedalea hacia el mercado, una musulmana con la cara cubierta y un hombre de barba corta y ojos transparentes. Y tienen manos de todos los tamaños y ojos de todos los colores. Una mezcla de sangres y de historias, como todos los pueblos.

Salvo por su falta de casa, son iguales al resto. Salvo por esa vocación impuesta de pobre turista permanente, son iguales al resto. Salvo por la ausencia de suelo propio para enterrar sus muertos y reír a los vivos, son iguales al resto.

Así que eso son los palestinos. Varios cientos de miles llegando a muchos lados. Tan humanos como sus enemigos. Y sus hijos son iguales. Una niña palestina me preguntaba si era cierto que en Suecia no teníamos checkpoints, otro niño me dice que de grande quiere ser extranjero. En las casas tomadas por los militares, a veces los soldados les establecen horarios a los niños para que puedan jugar. El niño de Jamal ya sabía quienes eran enemigos, no tuvo tiempo de crecer para escogerlos por sí mismo. Así son pues los hijos de los palestinos, esos otros palestinos.



4. El juego del checkpoint. Carta a Joaquín

“¿Qué crimen cometimos -oh madre- para morir dos veces
una vez en la vida y otra en la muerte?”
M. Darwish

Joaco, tú eres amante de los juegos. ¿Sabes lo que es un checkpoint? Es un juego pero en él no tienes que conquistar países como jugando *risk*, ni formar palabras como jugando *scrabble*. El juego tiene dos objetivos opuestos: el tuyo es pasar y el de ellos no dejarte. Como ves es sencillo. Y tiene solo una regla: el azar.

Puedes probar con las palabras. Con buenos días, si señor y por favor, entienda usted, mire le digo, cuando pueda, como no. Eso que te voy a contar fue cerca de Nablus. Tres heridos palestinos esperaban del otro lado del checkpoint; de éste lado estaba la ambulancia, los militares y un soldado israelí herido que fue atendido pero estaba muy grave para sobrevivir. Luego los de la ambulancia pidieron atender a los tres palestinos, pero no los dejaron. Los soldados caminaron hacia los heridos, les apuntaron con sus fusiles y los remataron en el suelo. Los de la ambulancia, del otro lado del checkpoint oyeron la respuesta después de los disparos: “ustedes ya no necesitan estar aquí, ya no hay pacientes para atender”. ¿Cruzar? Puede que sí, puede que no.

Puedes probar con argumentos. La libre movilización de las personas, la ayuda humanitaria, la dignidad, los Convenios de Ginebra. Era una anciana como de ochenta, a lo mejor de más años, pero para mí casi todas las ancianas son de ochenta. Caminaba bajito, quiero decir doblando el cuerpo y andando como acompasada en el pasado. Pero llevaba una mano en la mejilla izquierda y un dolor en la carne, un dolor en las muelas. Y trataba de cruzar el checkpoint para llegar al odontólogo, y no hablaba hebreo y en su árabe rogaba que la dejaran pasar, y los soldados se reían y la imitaban y luego jugaban entre ellos al paciente y al dentista, y otra vez de burlaron y la gritaban, y pasaron los segundos y los minutos, pero ella no pasó y luego se devolvió de nuevo caminando con su ritmo y su mano en la cara y el llanto en los ojos y la humillación en todo el cuerpo. ¿Cruzar? Puede que sí, puede que no.

Puedes probar con cartas y carnés. Mire usted, cuántas siglas tiene mi organización y cuantos carnés con fotos y letreros, cuántas cartas con sellos europeos, incluso puedes probar con tu pasaporte de colores. Un palestino esperó mucho tiempo pero el estómago no espera, mejor dicho la mierda no sabe de relojes. Y andando despacio se fue hasta los matorrales cercanos a la fila de coches, se bajó el pantalón y se puso a cagar cuando un disparo en la frente lo hizo caer de medio lado. ¿Cruzar? Puede que sí, puede que no.

Puedes probar con heridos y ambulancias. Mire usted, que estamos a pocos metros de la puerta del hospital más grande, que es cosa de minutos y se muere, que piense que podría ser usted. Una muchacha preciosa jugaba en la playa el domingo pasado, con sus curvas de cine y su sonrisa al aire, esa misma con uniforme me esperó días después en el checkpoint para jugar el juego este. No podía creer que fuera la misma de nalgas perfectas, pero su fusil me miraba y me preguntó por mis papeles. ¿Cruzar? Puede que sí, puede que no.

Puedes probar con terquedades. El derecho internacional humanitario, la comunidad internacional que ahora mismo duerme la siesta de la tarde, la prensa que podría llegar en este momento. Otra cosa es los checkpoints móviles, que persiguen a la gente y aparecen en forma de jeeps intempestivamente para repetir la misma ceremonia de control. Fue en Hebrón, la niña tenía tres días de nacida y estaba con su familia a solo 300 metros del hospital cuando aparecieron los checkpoints. Esperaron entre gritos e insultos pero cuando llegaron al hospital, después de esperar casi una hora y a solo 300 metros, ya sospecharas las consecuencias Joaco, sí, la niña se murió. ¿Cruzar? Puede que sí, puede que no.

Ellos pueden probar con sus fusiles y sus prohibiciones. Un niño recibió a algunas cuerdas de mi casa en Palestina un disparo en el pecho, un tiro único y “limpio” dirían los expertos, un tiro que le partió de cuajo las costillas y el alma. El niño esperó en el suelo, cerca del checkpoint de Qalandya la llegada de alguna ayuda médica. Mientras gastaba sus últimos alientos oía a unos soldados que gritaban “stop-stop-stop” a la ambulancia que llegaba. Los dos enfermeros

noruegos miraban y no podían comprender cómo el niño se apagaba de a poquitos cerca del checkpoint entre los gritos de otros palestinos, la impávida mirada de los militares y la espera inútil de ellos mismos. Cincuenta minutos después, el niño moría revolcándose cada vez más lento y más sin fuerzas entre su propia sangre.

Puedes probar con tu paciencia. Si señor, espero, como no, a ver quién se cansa primero, a ver si no se aburren de verme bostezando en sus caras. Cerca de Nablus, el año pasado, un hombre se acomodó en lo alto de una montaña mirando al checkpoint y empuñando un arma vieja, de las usadas contra los británicos y con once balas, solo once, acabó con la vida de nueve soldados y dos colonos que minutos antes gritaban en el checkpoint y manoteaban en hebreo y se burlaban de la gente en todos los idiomas. Un disparo por persona, cuando pasó la bulla, quedaron los cuerpos abandonados en el piso del área del checkpoint, un arma vieja abandonada en el alto de una montaña y el mito de un hombre que, solo, acabó con un checkpoint. ¿Cruzar? Puede que sí, puede que no.

Te decía que ellos pueden probar también con muchas cosas, casi con todas. Luego, con la boquilla de fusil cerca de tu cara te dicen “Have a nice day”, te lo dicen con “cara-de-checkpoint”, cosa que tienes que ver porque es intraducible. Y si quieres hacer la travesía a pie vas a sentirte violado, reducido al tamaño de tu pasaporte. Con la paciencia del tamaño de la fila, entrarás con otros indignados en el pasillo y a empujones; cosa que a mí me recordó cuando entraba de visita a las cárceles en Colombia, con la obligación de poner cara de culpable y además dar las gracias. Ven, Joaco, porque se que te sobra corazón para entender, ven para enseñarte el olor del “servis” (el microbús palestino), ven aprender el odio de los ojos de los soldados. Total, tú y yo, extranjeros, al final pasaremos.



5. Ciudades palestinas: Carta a Ernestina

“Y tal como Jehová lo mandó a Moisés, mataron a todo varón. Y los hijos de Israel llevaron cautivas a las mujeres de los madianitas, a sus niños, y todas sus bestias y todos sus ganados; y arrebataron todos sus bienes, e incendiaron todas sus ciudades, aldeas y habitaciones. (...) y les dijo Moisés: ¿Por qué habéis dejado con vida a todas las mujeres? (...) Matad, pues, ahora a todos los varones de entre los niños; matad también a toda mujer que haya conocido varón carnalmente”
Números 31, 8-17

Madre ya sabes que no creo en dios, y no sé si el diablo existe pero Sharón, madre, Sharón existe. Voy a tratar de explicarte las ciudades de aquí, empezando por Belén. Tengo a mi favor que usted no sabe exactamente dónde queda pero tengo en mi contra que usted sabe mejor la historia bíblica que yo. Belén también queda en Palestina, es la misma donde llegó María con José y el niño en su vientre buscando un pesebre para su nacimiento. Por eso nosotros decimos pesebre a lo que los españoles llaman un Belén y los mexicanos un nacimiento.

Recuerdo madre que de niño, mientras mi padre hacía el más grande árbol de Navidad del vecindario, yo jugaba a hacer el Belén: ponía los patos de plástico nadando en un lago de espejo y las ovejas en fila avanzando por un camino de piedras pequeñas que hacían las veces de muralla. A cada casa de cartón le poníamos una luz. Había una oveja gigante al lado de un rinoceronte verde y un pastor cojo y un tractor moderno perdido entre los reyes magos.

El Belén de verdad es un poco diferente, ya Herodes no se lava las manos ni María Magdalena es pecadora, pero hay muchas subidas y bajadas, pintadas en árabe sobre cosas que nunca supe, fotos de mártires en muchas puertas y esquinas para que no se nos olvide lo que pasa, huellas de la reconstrucción después de la última batalla.

Un día antes de conocer Belén, en el checkpoint, un joven de 17 años fue asesinado por un soldado porque, según éste el palestino “tenía un cuchillo”. Bueno, un cuchillo frente a un fúsil M-16 poco puede hacer en todo caso. Pero según los testigos, madre, el joven sólo esperaba y esperaba y el soldado se cansó de tanta fe en el tiempo y le descerrajó un tiro en la cabeza. Todo eso a pocas cuadras de donde nació tu querido niño Jesús.

Otra ciudad es Ramallah. En medio de ella la *mukata*, la sede de gobierno. ¿Recuerdas madre el palacio de los reyes en Estocolmo? ¿Y el soldado roji-blanco de la guardia danesa? Imagínate madre, toda esa pompa de la corona española con reina griega, de la corona sueca con reina brasileña, del príncipe holandés con princesa argentina y del danés con princesa de Australia (hasta las casas reales europeas se están llenando de inmigrantes), te decía que toda esa poma es propia del poder pues todo poder busca ser ostentoso, sutil o descaradamente.

Pero al entrar en la *mukata*, veo un campo de carros aplastados y varillas dobladas y hierros retorcidos, como después de un terremoto. No me cabe en los ojos, Ernestina. Asoman llantas viejas y pedazos de camas, más allá hay bolsas plásticas encerrando recuerdos y un pedazo de tela de lo que fue camisa alguna vez. Por encima de todo, la tierra y los escombros.

Entre las ruinas encuentro un militar palestino, me cuenta que sobrevivió a la invasión del año pasado, sobrevivió porque “Alá es grande” y lo dice en árabe. Los palestinos tienen un puesto en la ONU, embajadas esperando ser abiertas en Ramallah y Jerusalén, banderas y símbolos, himnos y aprendices de soldados, pero no palacios de mostrar. Pienso en mi tía Teresa y en mi tía Sofía, si me preguntaran qué es Ramallah como ciudad les diré que es mitad verdad y mitad sueño, de la mitad verdad la mitad es alegría, y de la mitad sueño la mitad ha sido pesadilla.

En la entrada a la *mukata* hay una pequeña caseta, más adecuada para vender perros calientes que para recibir ilustres visitantes, pero estas cosas de la guerra logran afectar la pompa. Adentro está Arafat, detrás de los misiles que destruyeron tantos edificios está Sharón. Son enemigos desde el comienzo de los tiempos, desde antes de todo.

Esa es una parte de Ramallah, pero también hay otros sitios en la ciudad. Por ejemplo, el hospital que tiene fosas comunes en su jardín de atrás porque no dejaron enterrar a los cadáveres que se apilaron día a día durante la Intifada.

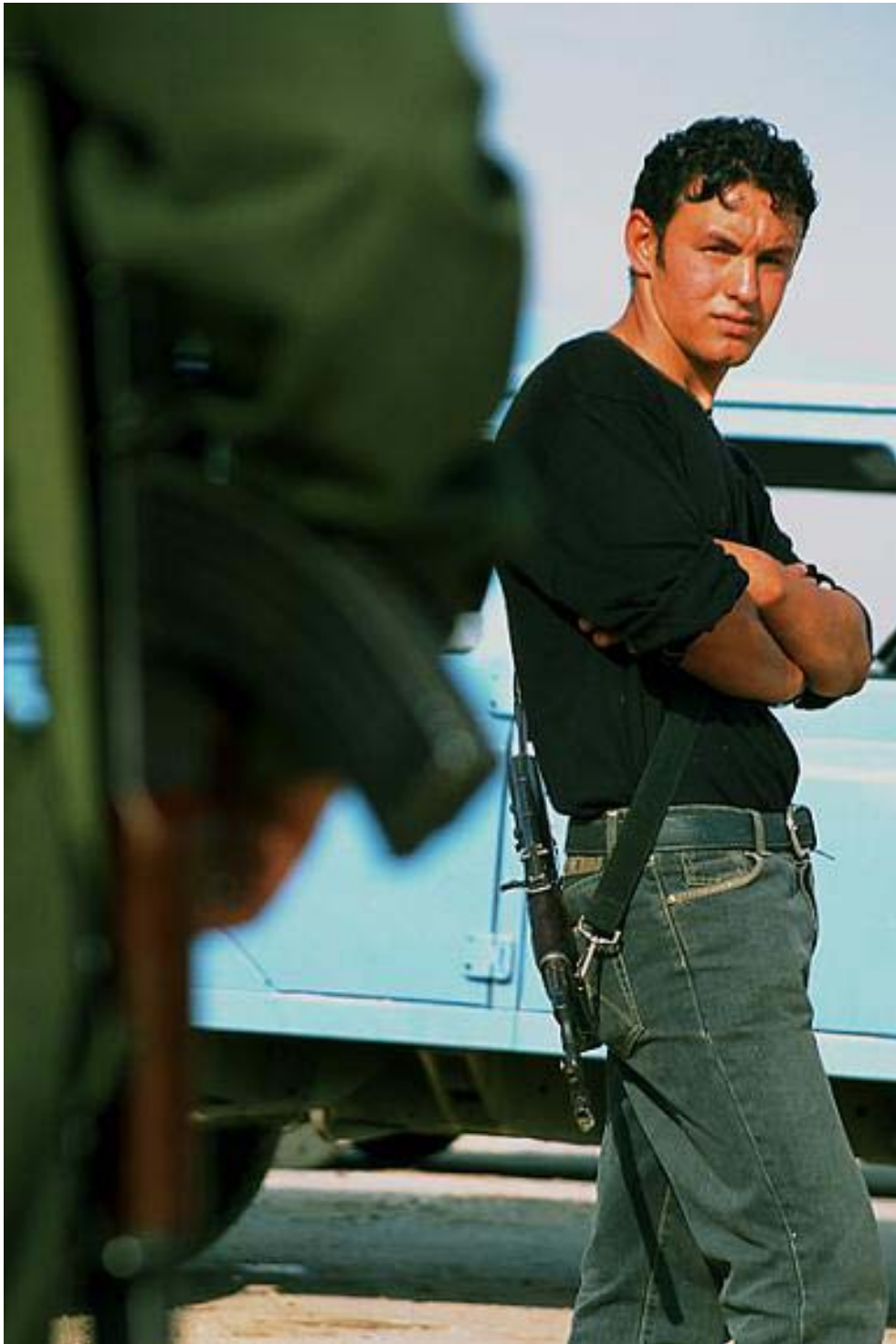
Al sur de todo está Gaza. Allí fue la única vez que militar alguno me estrechó la mano, me cogió la mano casi por sorpresa, era un palestino de los tantos que hay allí esperando nada. Gaza es una franja al sur donde un niño conduce su bici en contravía. Una cárcel inmensa, desconectada de Cisjordania y casi del mundo. Una mujer me ofrece jugo luego de contarme que le tocó suspender sus estudios en Ramallah hace tres años. Un anciana me dice, “to be or not to be” y descubro que Hamlet era mujer y palestina.

Es verano, el ruido de los ventiladores se confunde un poco con el ruido de los F-15. Luego se oye una explosión, ambulancias y gritos de venganza. La escena se repite las últimas semanas y la lista de muertos se alarga. Empieza una manifestación improvisada. Es verano y el calor aprieta, cerca está el mar para refrescarse, pero allí los palestinos tampoco pueden pescar como quisieran y el pescado, a orillas del mar, se vuelve un lujo. Los niños vuelven de la escuela con sus camisas azules. Las calles están llenas de carteles grandes con las caras de los mártires.

Un médico me lleva a la ventana. Y me pregunta, “¿qué hago aquí, con dos cuartos por casa? mientras allá, en esa montaña está la tierra de mi padre, allá al otro lado del control militar, la tierra que no puedo volver a visitar, la tierra en la que ya no puedo jugar con mis dos hijas”.

Veo un edificio grande en el sur de la ciudad, blanco, de cinco plantas, con una gran red verde en su última planta, como si la hubiera tejido una araña gigante. Es una casa tomada: en los primeros pisos viven civiles palestinos, en el último viven soldados israelíes cuya misión es vigilar los campos circundantes. Y allí no se puede cultivar, la tierra espera en vano un azadón. La otra tierra –la ahora israelí, la expropiada- esa sí es productiva, está en manos de los israelíes pero en ella trabajan tailandeses importados, mientras los palestinos importan alimentos.

Hay otras ciudades, está Nablus dónde una mujer trató de entrar a la ciudad porque estaba pariendo y le tocó esperar hasta que su niño naciera y muriera para poder seguir el viaje; está Tubas donde a una anciano le mataron 10 de sus ovejas dizque por entrar en zona militar y luego le visitaron, factura en mano, para cobrarle todos los proyectiles; está Jenín que después de la masacre del año pasado tiene cementerio nuevo; está Hebrón donde los soldados pintaron cruces de David en las tiendas palestinas como hicieron los nazis en la noche de los cristales rotos, en Hebrón la misma en que los soldados hacían una extraña lotería y rifaban papelitos para decidir si te correspondía la rotura de tus manos, de tus piernas o de tu nariz; está Nazareth donde vivió María y murieron 13 palestinos al comenzar la segunda Intifada. Son muchas ciudades, madre, muchos dolores, muchos niños Jesús asesinados por muchos herodes.



6. La suicida, la mártir. Carta a Paco.

“Asió luego Sansón las dos columnas de en medio, sobre las que descansaba la casa, y echó todo su peso sobre ellas (...) Y dijo Sansón: Muera yo con los filisteos. Y cayó la casa sobre los principales, y sobre todo el pueblo que estaba en ella. Y los que mató al morir fueron muchos más que los que había matado durante su vida”
Jueces, 19, 29-30

Paco, esto lo hemos hablado muchas veces, tomando café cuando trabajábamos en la Cruz Roja, comiendo en tu viejo molino o cenando deprisa en el bar de la esquina: ¿qué es lo humanitario? ¿Es lo humanitario lo correcto? ¿Qué es lo correcto en qué contexto?

En la segunda Intifada ya son más de una treintena los ataques suicidas. Uno de ellos tuvo varias cosas particulares: su ataque, un 27 de enero ya lejano, produjo 200 heridos, lo que es una cifra significativa y la muerte de un varón quien al comienzo se le pensó culpable de la acción. Pero la persona suicida no era un varón sino una mujer, la primera mujer-bomba en la historia de los ataques palestinos contra Israel.

Lo hacía, se dijo, por muchas cosas, como después de cada acto terrorista palestino: porque no tienen territorio, porque no soportaba más la represión israelí. Algunos dirían que es por fanatismo, sueños de adolescencia, delirio de gloria o ganas de trascender.

Sin duda conoció y vivió en ese micro-mundo palestino del que poco se dice: personas viviendo encarcelados en sus casas entre cierres y toques de queda, francotiradores matándoles las ovejas por simple diversión, maquinaria pesada tumbándoles las casas. La humillación del día a día no merece una nota en el periódico ni un comentario en la academia y de pronto sólo una nota anecdótica en un libro.

En el macro-mundo, la comunidad internacional, ese engendro que no hemos terminado de definir, no ha logrado evitar (tampoco lo ha intentado de veras) las violaciones al derecho internacional, ese que tanto tú como yo buscamos enseñar a veces en vano, Paco. Luego del 11 de septiembre la causa palestina perdió muchos adeptos. A Sharón ahora le basta decir que los palestinos son terroristas.

Volviendo a ella, la suicida, entre el micro-mundo que pregunta y el macro-mundo que no responde, pues se habrá sentido empujada a la violencia. Era la primera mujer-bomba, lo que desconcertó a muchos. Estudiante de química, se dijo. Ninguno de los grupos radicales palestinos intentó reivindicarla. Se dudó de su identidad hasta que finalmente se precisó su nombre: Wafa Ali Edrees, estudiaba química y además era enfermera de profesión, con un excelente expediente académico y un dato aún más particular: era voluntaria de la Media Luna Roja (la “cruz roja” palestina).

Tenía 27 años y había nacido en el campo de refugiados Al Amary, en las afueras de Ramallah, pobre entre los pobres. Estudió enfermería y luego, cuando empezó la segunda Intifada, renovó su compromiso con la Media Luna Roja, una de las pocas esperanzas en esos días para cientos de heridos y decenas de muertos. Dicen que vio morir a más de 70 palestinos. Dicen que ella misma fue herida y golpeada por los soldados. Su madre le dijo a Leire, aquella periodista amiga mutua “todo lo que mi hija pudo llegar a ver su trabajo, la agresividad y las matanzas de los israelíes contra los niños y las familias palestinas, determinó sus sentimientos hacia los israelíes” Y terminó diciendo algo más duro: “sufro cuando veo cómo los israelíes están matando a nuestros niños y están destruyendo las casa con las familias adentro. Yo quiero que las familias israelíes comiencen a sentir lo que yo siento, que sufran, igual que yo”.

Y no sé Paco a quién vio morir, tal vez a un joven que alguna vez saludó en el mercado, tal vez a un niño con cara de pardillo, tal vez a su vecino viejo de rodillas cansadas que le recordó además a un tío lejano. No sé a quién vio, de verdad y de reflejo, una y otra tarde hasta perder ese hilo que te ata a la vida y te evita pisar la zona prohibida. No sé cómo se vio a sí misma, tal vez inútil repitiendo el inútil ritual de los médicos y de los enfermeros, de acompañar en algo y

de aliviar muy poco. Paco, ¿cuántos pequeños pedacitos hacen una muralla? ¿Cuántas cotidianas agresiones configuran un mártir?

Wafa liberó días antes los pájaros que ella cuidaba, sus mascotas. En noviembre pasado, un joven suicida de tan sólo 16 años, liberó las 15 palomas que tenía antes de inmolarse.

Aquí en Palestina, Paco, aprendí que suicidarse en el Islam por motivos personales es pecado, que los judíos en Masada se suicidaron y son héroes, que matar personas civiles en Palestina no es un delito sino una costumbre, y que, comparando, los suicidios en mi querida Suecia son otra cosa, más personal y hasta –si cabe- más inútil. La verdad es que los musulmanes se suicidan menos, menos que los israelíes y que los cristianos y, estadísticamente, se matan mucho menos entre sí que los occidentales.

En Jenín, uno de los responsables del campo de refugiados de la ONU, sólo alcanzó a reportar que los soldados entraban y entraban a pesar de las banderas y las señales internacionales antes de desplomarse porque le metieron un tiro en mitad de los ojos. En la misma Jenín, hay una mujer sobreviviente que perdió el habla y todos los días hace un peregrinar desde su nueva casa hasta el sitio de su antigua casa destruida a punta de cohetes desde los helicópteros. Y en ese mismo Jenín, días después de la destrucción total, llegó Jamal con unos camiones de comida y de mantas y un niño de 10 años emergió de entre las ruinas para decirle al oído que no le diera comida ni cobijo sino que, luego de ver cómo los soldados entraron por puertas y ventanas, cómo golpearon y mataron a toda su familia, a sus padres y hermanos, luego de estar 4 días escondido sin pan y sin abrigo, le pedía a Jamal, un cinturón con explosivos.

Los suicidas de hoy eran los niños de la primera Intifada, los que vieron la diaria humillación contra sus padres y un día no jugaron más al vaquero y al indio y no soñaron más con ser de grandes médicos sino mártires. La ocupación y la humillación destruyen la esperanza y la dignidad que, para ellos, recupera el martirio.

Esa chica suicida, no era Osama Bin Laden ordenando destruir edificios en nombre de Alá mientras disfrutaba de un rico banquete; no era el “Chacal” buscando enemigos en Europa de hotel en hotel. Era una enfermera palestina cristiana que un día se cansó de esperar respuestas vitales, que tal vez un día, como tú y como yo, se tomó un café trabajando en Cruz Roja y se preguntó como nosotros: ¿qué es lo humanitario?



7. La demolición. Carta a Luis Alberto

“El pueblo palestino no existe.
No es como si hubiéramos venido a expulsarlos y a ocupar su país. No existen”
Golda Meir

Cuando me preguntan qué hace usted, siempre respondo aquello que es su mayor orgullo: campesino. A veces pienso en decir otra cosa bonita: mi padre hace casas. Pero no las hace porque sea obrero, que tampoco es vergüenza, sino porque le gusta hacer casas y diseñar las piezas y los baños, y que poco importa lo que digan los arquitectos. Las casas en que vivimos de niños las hizo usted, con sus propias manos.

Una de esas casas fue precisamente en Palestina, nuestro barrio al sur de Bogotá. Debo aclarar dónde queda la otra Palestina, padre, porque no todos entienden de esa otra Palestina que conozco, la de mi infancia.

Aquí, en Palestina del Medio Oriente, hay gente como usted que construyen sus propias casas. En medio de la guerra hacen las casas y pegan los bloques, en medio de checkpoints cruzan con el cemento, a pesar de la muerte colocan las ventanas.

Pero un año cualquiera suena un buldózer y ellos, los militares con buldózeres, llegan a la casa o a la casa del vecino, padre de un joven palestino acusado de terrorismo. Llegan varios jeep militares y un buldózer y empiezan a echar abajo la casa. Que no es mentira. La pala mecánica golpea el techo como si fuera un dinosaurio, tumba la puerta, empuja la ventana.

Imagínese Papá que un día cualquiera, a nuestra Palestina, la de Bogotá, en la casa donde usted vive ahora mismo con mi madre llega el ejército con maquinaria y levanta las tejas de la terraza y rompe los vidrios, esos que puso para protegerse del frío hace muy poco, y tumba la pared de la cocina, esa que queda cerca a la nevera, y tumba también la pared de la sala y luego arranca la puerta azul del garaje sin coche y siguen por el salón grande ese que planeó usted desde el comienzo para casarse de nuevo con mi madre como realmente lo hizo 25 años después del primer “sí quiero”.

Imagínese padre, que usted no tiene dónde llamar ni quien le ayude, usted coge tres cosas y mi madre dos ollas con un poco de arroz, y Andrey algunos documentos mientras la maquinaria llena la sala de polvo y de cemento el aire, y todo parece quedar sepultado y de pronto un vecino les ofrece la casa y mi madre llora afuera horas y horas, sentada entre las ruinas.

Y las varillas que usted, padre, puso algunos años antes ahora quedan desnudas e indefensas. Y cuando se cae el techo, la luz se cuela a ese rincón oscuro donde la escoba no llegaba. Y el espejo del cuarto de mi hermana Blanca ya no reflejará la pared con sus fotos sino un agujero tembloroso recién hecho. Y esos platos de porcelana que mamá gastó tanto tiempo en ordenar por tamaños y colores se van quebrando en cascada. La ventana ya no es más un hueco con vidrios y cortinas sino un horrible mirador de bordes escombrosos. El aire es nublado y vidrioso como una lluvia eterna de pedacitos de papel brillante que no termina de caer.

Y después, cuando todos se han ido, no hay a quién quejarse, no hay a quién decir esta es mi casa, ni ganas de empezar de nuevo a recoger pedazos, a encontrar colchones y recuerdos debajo de los muros aplastados. Te quedas al final con dos ladrillos, uno en cada mano, padre.

Pero para cerrar aún más la humillación, te llegan con la factura que pagaron por rentar la maquinaria y te toca pagarlo, te toca pagar el movimiento de la pala que rompió la ventana, el paso del buldózer que te dejó sin baño. Eso pasa de verdad en Palestina ahora mismo, ayer y el mes pasado, desde hace mucho tiempo. Desde mediados de 1967, cuando nací, miles de casas árabes han sido dinamitadas. Hoy, solo en Rafah, al sur de Gaza, padre, ya van más de 1.500 casas destruidas. También en Gaza, el ejército israelí ha destruido cisternas hechas con dinero de la cooperación de los Estados Unidos, y las ha destruido con buldózeres que se compran con la cooperación de los Estados Unidos.

Tú sabes lo que es construir con tus manos, padre, pero afortunadamente, no sabes lo que es ver tu casa destruida en frente de tus ojos.



8. Terrorismo. Carta a Nelson

“El propósito de los antisionistas de hoy, amparados en la defensa de los derechos humanos del pueblo palestino, no es otro que el que tenían los antisemitas de hace 60 años, exterminar todo lo colectivamente judío”
Yaacov Cohen

Negro, como te decimos todo el tiempo, te voy a contar un hecho reciente en estas tierras donde no se produce algodón como en tu pueblo, pero igual se abraza a los amigos. Fue cerca de un restaurante y media hora antes de verme de nuevo con Rob. Se oyó una explosión y otras y unas voces. Son esas cosas que todos esperan porque saben que pueden suceder pero que nadie quiere, como la muerte de la abuela, el divorcio del amigo engañado, el despido del compañero de trabajo por tener cierta dignidad.

Se oyó una explosión y varios minutos después la televisión mostró carros retorcidos por la onda explosiva y más voces corriendo detrás de las camillas que corrían detrás de las ambulancias que corrían hacia los hospitales.

Nelson, era como cuando esperabas de médico de urgencias al próximo paciente y repentinamente te llegaba un ejército de alarmas y una caravana de coches con heridos. Se oyó una explosión y una niña de 9 años quedó herida y murió dos días después cuando ya nada era noticia. La madre de la niña esperó en vano en urgencias, así como esperan no siempre en vano las mamás y los papás de tus pacientes.

Se oyó una explosión y el aire se llenó de humo y de voces, y recordé ese carro-bomba que puso en narcotráfico en una calle de la lejana Bogotá hace muchos años una noche en que corrieron ambulancias y voces de la misma manera y con la misma prisa pero con otro idioma. Y luego la gente opinó, tanto aquí como allá, tanto antes como ahora, sin tener mucha certeza o incluso sin saber a lo que huele el humo de la muerte. Negro, el terror es horrible y la lengua imprudente.

Solo un detalle, a lo mejor secundario, esto no pasó en Tel Aviv ni en Haifa, ni en Jerusalén eterna, pasó en Gaza. Una tarde en que un helicóptero llegó oculto en el ruido de los sobrevuelos de los aviones F-15 y apareció por encima de un edificio como un Godzilla alado y vomitó 4 cohetes sobre una calle poblada de transeúntes con bolsas de la compra. Ya sé que en tu querido pueblo de Codazzi sólo llegan rumores de suicidas, así que esta carta es para complementarla la noticia, y repetirte que aquí no hay algodones pero si hay muertos y explosiones.

Se oyó la explosión y luego otra y otra hasta sumar cuatro. Y salí corriendo de ese restaurante hacia la calle por esas fuerzas que nos mueven contra la impotencia y descubrí la calle llena de gentes que corrían mientras se alejaba el helicóptero apache israelí que minutos antes había dejado caer varios de su cohetes en una calle de civiles en Gaza. Eso es el terrorismo que yo vi y yo viví en las calles palestinas. Alguien decía: “si tuviéramos helicópteros Apache, no necesitaríamos suicidas”.

Días después, en otro de los llamados “asesinatos selectivos” el helicóptero ese hizo lo mismo, a lo mejor era otro pero para el caso es igual. Y cuando la gente se juntó a sacar entre los hierros a los heridos y a los muertos, como hicimos esa tarde de Gaza días antes, volvió el helicóptero y dejó caer otro de su cohetes asesinos y selectivamente hizo volar por los aires a decenas de civiles que sólo querían echar una mano a otros civiles heridos en los carros.

Al mismo tiempo, en Rafah, al sur de Gaza, en solo tres días, a la luz del sol, es decir a la luz de la llamada comunidad internacional, más de 2.000 personas quedaron en la calle al paso de la maquinaria y los tanques de guerra del ejército Israelí. Setenta casas fueron destruidas, más de cuarenta de ellas en su totalidad, repitiendo el castigo colectivo de destruir viviendas. Por lo menos 70 heridos, debido a medidas terroríficas como el ataque con misiles contra la multitud. Fueron asesinados civiles, entre ellos menores de edad, uno de ellos de tan sólo ocho años.

Las ambulancias de la Media Luna Roja que intentaron socorrer a los heridos fueron atacadas por armas de fuego del ejército Israelí y varios de los miembros del personal medico resultaron heridos. El Centro de rehabilitación para niños sordos y discapacitados fue destruido y sus paredes fueron tumbadas por los tanques. Francotiradores israelíes dispararon indiscriminadamente a todo lo que se movía. Para algunos es solo “daños colaterales” que es la nueva forma de llamar a los crímenes de guerra. En total ya van de 1.500 casas destruidas. Solo un soldado herido en las filas israelíes muestra que la llamada red terrorista no significaba, en términos de capacidad militar, ninguna justificación para el ataque desproporcionado y pone en duda la aseveración hecha por la radio Israelí de cientos de bombas, granadas y misiles antitanques en manos palestinas.

Como en la Operación “Escudo defensivo” (sic) que arrasó Jenín el año 2002, como en las recientes incursiones en Hebrón o en Nablus, como durante los tres años de Intifada, como durante los 36 años de ocupación, la historia se repite.

Luego, se hablará de derechos humanos para condenar esa otra palabra de moda, “terrorismo” con la que se engloba todo tipo de respuesta y todo tipo de resistencia a la invasión, pocos hablan del derecho a resistir que tiene todo pueblo invadido, sean los judíos del Gueto de Varsovia, los partisanos franceses, las milicias noruegas o los palestinos.

Y la figura indefinida, la llamada comunidad internacional, permanecerá callada con la masacre de la semana que viene, masacre anunciada en la política de tierra arrasada del presidente Sharón, en la impunidad militar, y, por supuesto, en la garantía del silencio cómplice de la entelequia esa llamada comunidad internacional.

Los derechos humanos no pueden ser reducidos a “cosas teóricas de occidentales” o debates de bar sobre “el velo de las mujeres en el Islam”, pues es algo tan serio como eso que pasó en Rafah y que, tristemente, se va a repetir, ante el silencio, no me canso de decirlo, de la comunidad internacional. Los derechos humanos aquí es algo más concreto que el debate de un verso del Corán, es sobre, por ejemplo, el silencio de los llamados países civilizados.

Y la mencionada aquí en exceso comunidad internacional no es tan abstracta: a pesar de su nombre aséptico, es claro que se reduce a las instituciones del sistema de las Naciones Unidas, al gobierno de la Estados Unidos, a los gobiernos en la Unión Europea y a la opinión pública de sus sociedades. Ellos tendrían ahora que responder. Pero, parafraseando a tu querido Wallerstein, para que algunas cosas de Palestina cambien deberá haber un mundo que responda, y ese mundo realmente no existe.

Negro, quien no quiera hablar de ocupación, no tiene ningún derecho de hablar de terrorismo. Y esta no es una frase fácil de decir pero una vez dicha me resulta tan certera que la quiero repetir: quien no quiera hablar de ocupación, no tiene ningún derecho de hablar de terrorismo.



9. Sobre dioses y Estados. Carta a Javier

"El Estado cristiano es la negación cristiana del Estado, pero de ningún modo la realización estatal del cristianismo".
Marx

Ya sabes la fábula, pero dame el placer de repetirla: una rana aceptó ayudar a un escorpión sirviéndole de medio para cruzar un río al llevarlo en su espalda, no sin antes advertirle sus temores de que el escorpión le clavara su aguijón. Este explicó que ese no era su objetivo porque de hacerlo, en medio del viaje, ambos morirían. A mitad del recorrido el escorpión clavó el aguijón en la rana diciéndole: "lo siento, es mi naturaleza". Esta fábula permite ilustrar el problema del incumplimiento israelí al derecho internacional.

Desde su nacimiento -el que no respeta la Resolución 181- hasta la reciente Resolución de la ONU contra el Muro, la historia de Israel y de los requerimientos que le han hecho a nombre del derecho internacional es una historia de incumplimientos de Israel y de frustraciones de la llamada comunidad internacional.

Israel es un Estado pensando para un tipo especial de persona que se define en cuanto creyente; su esencia es mantener dos tipos de ciudadanías: la de los judíos y la del resto, en su mayoría árabes. Esto no depende de la raza ni del lugar de nacimiento sino del credo religioso. Incluso, basta volverse judío para hacerse ciudadano israelí. Dicho así, en Israel no hay ciudadanos, esa categoría es secundaria a la definición de las relaciones Estado – persona, esa noción, de la que tanto hablamos. En todos los temas los árabes reciben menos que los judíos, aún siendo en los papeles ciudadanos. En Israel los palestinos siempre son sospechosos.

Israel es un Estado premoderno, teocrático, con lo cual la aplicación de los pactos internacionales de derechos humanos lo llevaría a la configuración de un Estado moderno y democrático que sería, por definición, la negación del Gran Israel, del Estado sionista. Y, así, el actual sistema de derechos humanos, creado en parte como consecuencia del Holocausto, es irrespetado por los herederos de las víctimas del Holocausto.

En el caso del Derecho Internacional Humanitario, Israel rechaza su aplicación alegando que ante la ausencia de otro país que reclame jurisdicción sobre los Territorios Ocupados (por la renuncia de Egipto a la Franja de Gaza y de Jordania a Cisjordania) no habría un país ocupado, aunque fuera parcialmente y, por tanto, no hay fuerza ocupante. Pero detrás de ese silogismo jurídico esconde otra verdad esencial del Estado judío, creado en parte sobre la base de una mentira: "una tierra sin pueblo –Palestina- para un pueblo sin tierra –los judíos". Si la tierra palestina es la Tierra Prometida al pueblo de Israel por el mismo Jehová, ¿cómo podría ser Israel ocupante de su propia tierra? Nadie es intruso en su tierra y, por tanto, admitirse ocupante es admitirse intruso. Así las cosas, el Cuarto Convenio de Ginebra que nace en parte como consecuencia de las violaciones de los derechos de los civiles judíos en la Segunda Guerra Mundial, es rechazada por los herederos de los sobrevivientes del exterminio nazi.

La realización del sueño sionista necesita ocupar palestina y nombrarla como propia y necesita mantener políticas segregacionistas para controlar la realidad demográfica, medidas tales como la importación masiva de judíos de todos los países posibles para ocupar los trabajos que no son ofrecidos a los palestinos o normas como la recientemente promulgada ley que niega la posibilidad de que un matrimonio palestino-israelí genere ciudadanía israelí a la persona palestina. Por eso necesita hacerse a la tierra y hasta a la mano de obra –en cuanto tal- pero no a las personas que la habitan, como en Sudáfrica durante el Apartheid. Asumir las personas como tales –poseedoras de derechos- sería una amenaza al proyecto sionista.

Por lo mismo, todo ataque a Israel debe ser presentado como una amenaza y una muestra de antisemitismo, para lo cual sirve extender la categoría de víctimas del Holocausto hasta a los bolivianos recién convertidos al judaísmo y recién llegados a Israel es funcional. Imagínate, somos antisemitas si criticamos Israel pues, para ellos, es mejor no distinguir sionismo de semitismo, ni mucho menos recordar que los palestinos también son semitas; es que a la larga los dos pueblos son primos.

Creo que compartes conmigo que esto no disculpa a Israel, al contrario: lo condena plenamente. La naturaleza de alguien que comete un delito (máxime cuando esa "naturaleza, como en el caso Israel, es artificial y premeditada) puede ayudar a la explicación de la lógica que subyace al delito pero de ninguna manera puede ser base para la impunidad.

Resulta difícil acusar a los derechos humanos de antisemitas, precisamente cuando fueron creados en parte para proteger a los judíos. Pero de lo que no hay duda es que los derechos humanos son, también por naturaleza, antisionistas en cuanto antirracistas. Como el escorpión de la fábula, Israel actúa así porque es parte de su naturaleza sionista. Por eso la ilusión de un Estado de derecho y a la vez Estado sionista es un imposible jurídico, por lo mismo la figura de "sionista de izquierdas" es de difícil aceptación. La tarea no es pues que el escorpión abrace a la rana y convivan como en los cuentos de hadas, sino redefinir la naturaleza de ese escorpión artificial llamado Israel y, si ha de ser Estado, que asuma la naturaleza del Estado: moderno y democrático.

En el lado palestino la cosa es más sencilla pero igual de poco esperanzadora. La Autoridad Palestina, con limitado poder y sin territorio definido, poco influye en la cotidianidad del llamado orden público, totalmente sometido al gobierno israelí. Pero quiere mostrarse Estado. No tienen moneda propia ni fronteras, ni intercambios comerciales con país que no sean Israel, ni fuerzas armadas, ni nada. La petición israelí a ese mal llamado Estado palestino es controlar los grupos radicales. Si el gobierno palestino no los ataca, será presentado por Israel como un gobierno terrorista, si lo hace dejará en tal camino su legitimidad interna.

Los palestinos han aprendido que la pasada tregua permitió mejorar, y en mucho, las condiciones de vida de los israelíes sin que hubiera la menor mejora en las condiciones de vida palestinas. Es claro que otra tregua de las mismas no les representará ventajas, y saben también que una guerra frontal entre el gobierno palestino y los grupos radicales significaría la deslegitimación de la Autoridad Palestina de cara al sector de la sociedad que apoya tales grupos, casi un suicidio político.

Independiente del nombre del Primer Ministro, las sin salidas de legitimidad se mantienen como motor de la crisis del gobierno palestino, junto con un control concentrado del poder, más los escándalos por corrupción y clientelismo. Pero, más allá de esto, ¿cómo exigir a un poder –la Autoridad Palestina– que cumpla roles de Estado sin tener poder de Estado ni reconocimiento de Estado y sin tener ni siquiera Estado? Pero lo que sí se le puede y se le debe preguntar es ¿en qué ha contribuido la burocracia palestina para que, junto con Israel, les hayan robado a los palestinos la esperanza?

Pienso que no hay esperanzas de la solución de dos estados porque el Muro no lo deja y tampoco de un único Estado moderno porque no lo deja el sionismo. Siento que Palestina es una nación sin Estado e Israel un Estado sin nación. Yo no tengo las respuestas a todo esto y temo que tú tampoco.



10. ¿Qué sería de ti sin enemigos? Carta a un judío sionista

“En aquel día hizo Jehová un pacto con Abraham, diciendo: A tu descendencia daré esta tierra, desde el río de Egipto hasta el río grande, el río Eufrates”
Génesis, 15, 18

Poco puedo decirte que no sepas. Que tu sangre le debe doler a todo convencido de la vida, como duele la sangre de los palestinos. Que tus hijos tienen derecho a jugar en un parque, a beber agua limpia, a caminar despacio, como los hijos de los palestinos. Que tus padres merecen una casa limpia y decente que no la echen abajo como las casas de los palestinos. Que el muro de tus lamentaciones debe ser respetado tanto como la Mezquita de Omar o el Domo de la Roca.

Pero no seamos políticamente correctos, seamos sinceros. Tú, que vas cada año a empuñar las armas en los checkpoints y en los controles sin rehusarte, ¿te piensas nada responsable? Tú, que vives cómodamente en un asentamiento en tierra ajena, ¿te crees ajeno a las causas de la guerra? Tú, que enseñas una falsa democracia y pones la boca de tu fusil en la espalda del otro y en la cara del otro y en el vientre del otro, meditando en la última página leída del *Torá*, ¿te ves irresponsable?

Claro que tengo amigos judíos, una de ellas me enseñó más que algunos palestinos, cuando me dijo: “soy ocupante, vivo en un país que no es mío, soy una visita que se adueña de la casa ofrecida”. No soy tan ingenuo para pensar que mañana, luego de la última casa palestina demolida, te levantarás, mirarás por la ventana a tu vecino y juntos saldrán tomados de las manos a las calles a decir: ¡Qué malos hemos sido!

No, déjame decirte que eso no lo creo por una sola cosa: ustedes cortaron esa esperanza en mí, ustedes me enseñaron que Israel solo entenderá lo que es la paz cuando no le quede otra salida. Y ahora mismo, Israel tiene el mundo de su lado, ya sea porque el mundo no sabe, ya sea porque el mundo calla, ya sea porque el mundo teme.

Tu Estado no es moderno y luego no es Estado. Tú no sabrás lo que es la democracia mientras persistas pensando en superiores e inferiores. Y esa definición de Estado religioso (sic) te evita ser moderno, solo podrás ser moderno porque comas McDonald's pero no porque entiendas a Voltaire, será moderno porque haces elecciones para creyentes, pero no porque tengas las ideas de Rousseau, serás moderno porque usas aviones de combate F-15 y fusiles M-16, no porque hayas leído a John Locke alguna tarde.

Has construido el miedo en tus vecinos. Tu sociedad está unida en buena parte por el miedo, como la mía por la trampa y la mentira. Sin miedo no eres más parte del grupo. Sabes muy bien que la tolerancia mata al temor, sin temor no hay necesidad de ejército y sin ejército no hay posibilidad para el Estado Israelí. El miedo no te condena, te salva, te permite ser colectivo. ¿Qué harías si no tuvieras enemigos?

Lástima que no tú puedas ver que, a la larga, la paz es mejor negocio que la guerra. Entiende que la paz depende de la ocupación y no al revés como pretendes. Entiende que tú ya no eres más víctima de un holocausto, sino victimario de una ocupación. ¿Qué víctimas del holocausto pueden ser tus nuevos vecinos, judíos recién convertidos, venidos de Rusia y de Perú? ¿O ese etíope que prefirió la inmigración al hambre? Tienes miedo de cómo crecen los palestinos día a día, parecen no acabarse, y desesperado importas gentes de Bolivia y de Tanzania. Tú David se convirtió en Goliath y no te has dado cuenta. A propósito, ¿cuál es la comida judía? ¿La que viene de Buenos Aires o de Varsovia?

Nunca justificaré tus 40 niños heridos en Jerusalén, ni tus muertos inocentes, pero me cansé de llorar sobre tus muertos del pasado y olvidar los asesinatos del día a día. Lloré en la casa de Ana Frank, pero también en Jenín. Nunca he dudado que eres persona como yo, como los palestinos.

No me creo lo de la tierra prometida, especialmente porque esta tierra las han ocupado todos y no creo pues que haya otra tierra más propiedad de todos: ustedes ocuparon desde el 67 y

antes los británicos, antes los otomanos y sus hombres, antes los mamelucos, Saladino el turco un poco antes, y antes los cruzados y sus cruces, y antes los musulmanes y sus lunas, y antes Constantino y sus cristianos, antes los romanos de Tito, los ptolomeos de Egipto, el mismo Alejandro Magno y sus tropas, el bíblico rey babilónico Nabucodonosor, antes Salomón y antes David, y antes muchas tribus de nómadas pastores como los cananeos, padres de los filisteos, de donde viene la palabra Palestina.

Tal vez ya no me lees, no me oyes, por “security reasons”. Así que me despido con un viejo poema que escribió un cubano sobre los campos nazis y la memoria de los pueblos. Ah, y si algún día quieres, estaré por aquí para tomarnos algo pero solo entre iguales y pensar que hay cosas simples, como la vida misma, que valen más que las piedras de tu muro. Te dejo, pues, con el poema:

“Recorro el camino que recorrieron 4.000.000 de espectros.
Bajo mis botas en la mustia, helada tarde de otoño cruje dolorosamente la grava.
Es Auschwitz,
la fábrica de horror que la locura humana erigió a la gloria de la muerte.
Es Auschwitz, estigma en el rostro sufrido de nuestra época.
Y ante los edificios desiertos, ante las cercas electrificadas,
ante los galpones que guardan toneladas de caballería humana,
ante la herrumbrosa puerta del horno
donde fueron incinerados padres de otros hijos,
amigos de amigos desconocidos, esposas, hermanos, niños que,
en el último instante, envejecieron millones de años,
pienso en ustedes, judíos de Jerusalén y Jericó,
pienso en ustedes, hombres de la tierra de Sion,
que estupefactos, desnudos, ateridos,
cantaron el último *batikvab* en las cámaras de gas;
pienso en ustedes y en vuestro largo y doloroso camino
desde las colinas de Judea
hasta los campos de concentración del III Reich.
Pienso en ustedes y no acierto a comprender
cómo olvidaron tan pronto el vaho del infierno”

Luis Rogelio Noguera.



Víctor de Currea-Lugo.

Médico, especialista en derechos humanos, Master en Estudios Latinoamericanos y Doctor con una tesis sobre el derecho a la salud. Ha participado en ONG humanitarias y de derechos humanos en Colombia, España, Palestina, Sahara Occidental y Bolivia.

Ha sido asesor jurídico de la campaña palestina contra el muro del Apartheid "Stop the Wall", liderada por la red palestina de ONG medio ambientales PENGON, y autor del libro "Palestina: entre la trampa del muro y el fracaso del derecho" (Icaria, Barcelona, 2005). Autor de otros títulos como: "Derecho Internacional Humanitario y sector salud" (Plaza y Janes, 1999) y "La salud como derecho humano" (Universidad de Deusto, 2005).